

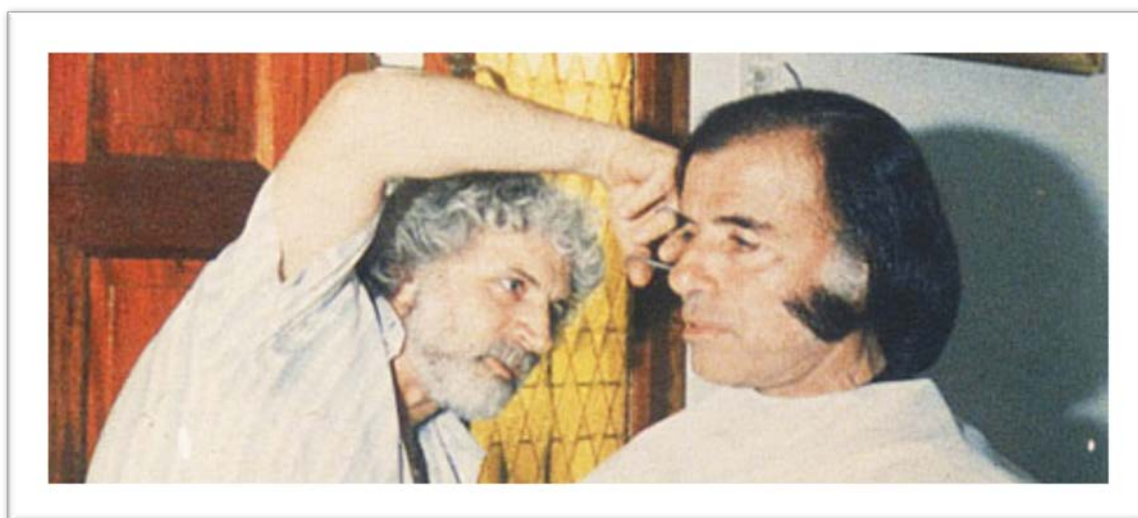
*TEXTOS RECUPERADOS*

# LA SOMBRA DE FACUNDO

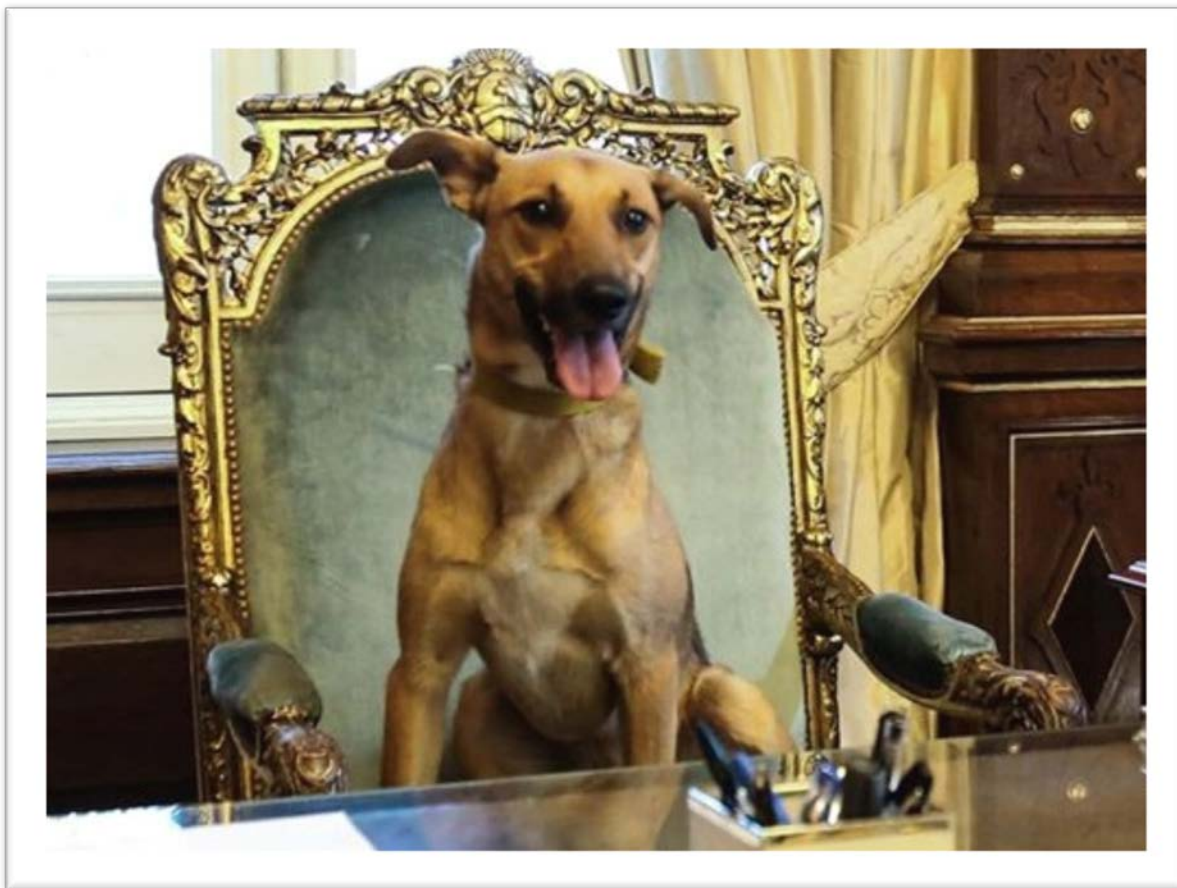
POR LEÓN ROZITCHNER

A hora que Menem ha hecho mutis por el foro donde se presentaba, como si fuera alguien, en el escenario de la política nacional, por fin podrá visualizarse y entenderse lo que siempre dijimos: que Menem no existe, y que aún en sus momentos de esplendor no existía. Digo: no existía como persona sino como apariencia pura. Era algo, no era alguien. Digo esto pensando en aquellos inocentes que hablan del estadista: No conocen su secreto.

Desde el punto de vista popular Menem fue el soporte imaginario creado por las más infantiles de las fantasías mayoritarias que, para no enfrentar la realidad de su propia y difícil existencia, fueron atraídas por una forma humana que tuvo la virtud de representarlas en su figura como realizadas para todos. Fue aquél que descubrió hasta el extremo límite qué significa tener poder sin tenerlo como propio, y el modo de ejercerlo para que aquellos que en verdad tenían la manija se lo permitieran. La apariencia de tenerlo también procedía de realizar, con toda impudicia y sacrificando las expectativas pueriles de la mayoría, trabajadas previamente por el terror de Estado y el terror económico, todas las faenas que el poder le pidiera. Son los argentinos quienes le concedieron existencia para que pareciera ser alguien viniendo de la nada de su vacío sin fondo.



En verdad Menem nunca tuvo poder, salvo aquél que le concedían los poderosos. Y esto sólo en la medida en que se sometía al mandato de aquellos que llenaban su ser vacío con sus propios objetivos: que le permitían ser lo que no era. Sólo se le pedía una sola cosa, esa única cualidad como correspondía al ser nada: satisfaciendo ese espacio de fantasía pueril que el terror había dejado abierto, como única realización, a la mayoría de los argentinos.



Para existir como persona se necesita ser alguien, y no parecer como si lo fuera: ser el lugar de un sin número de cualidades. Desde el comienzo siempre tuvo que asumir ante la gente el lleno de otro ser valioso: para comenzar se hizo nada menos, sin rubor, el espectro ridículo (patillas mediante) de un Facundo Quiroga. No era como Sarmiento, que invocaba su sombra: era la representación en su ser Menem de esa sombra. Su transgresión era esa: la falta de pudor y de escrúpulos para asumir cualquier apariencia que le permitiera, por su atracción popular, llegar a convertirse, cuando la trampa demostró el alcance nacional de su eficacia, en el entregador más obscuro de la Nación y del Estado, convertido en una empresa privada. Lo que comenzó con los militares con la desaparición de personas con Menem culmina, prolongando esa huella siniestra, con la desaparición virtual de la Argentina.

Menem asumió el sueño argentino, sobre fondo del terror militar y económico, cuando la moralidad y la voluntad de la mayoría de los argentinos alcanzó la dimensión más pesadora y deprimida. Menem es una creación de los argentinos, y su figura no hubiera alcanzado ese nivel de apariencia de poder si la mayoría del país no lo hubiera investido con sus propios fracasos, con sus propias miserias y sus propias frustraciones: con lo peor que tenemos.

---

***“Menem es un soporte que tiene forma humana, sólo un efecto de estructura como dirían los althusserianos: soporte de una determinación para parecer ser alguien. Es el hombre sin cualidades de Musil, salvo una sola: la de investirse de todas las cualidades que sobre su figura vacía proyectaron la mayoría de los argentinos.”***

---

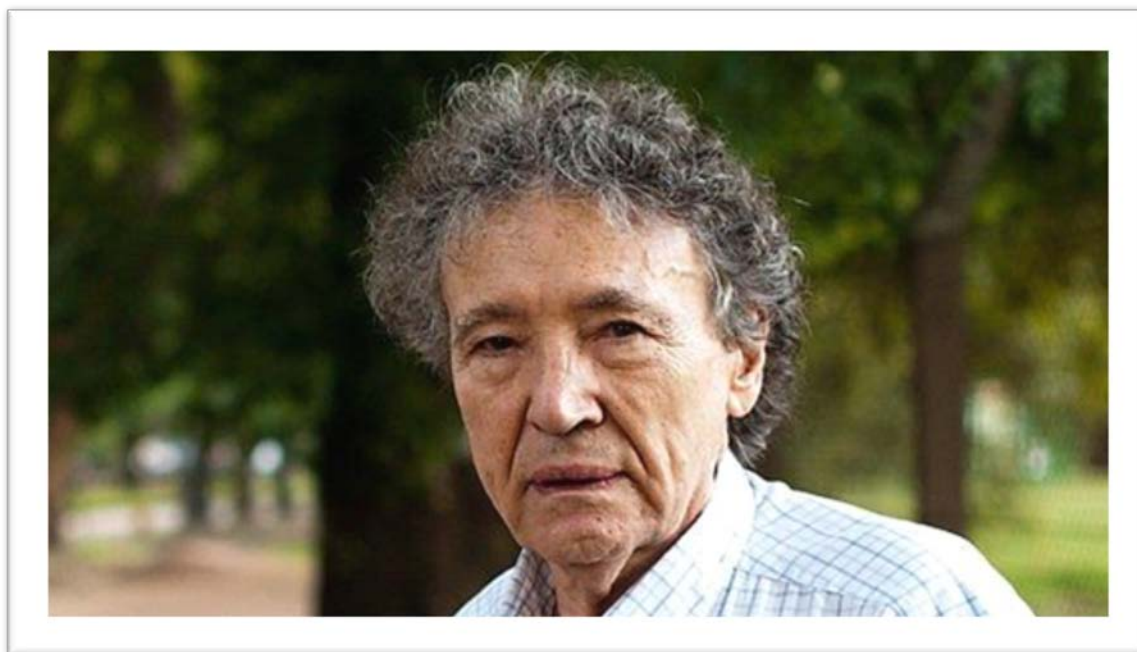
Por su intermedio, y como prueba de su desprecio por nuestro destino, la farándula mediática entró a convertirse en la clase política dirigente. Abrió ese espacio donde se representan las fantasías con las cuales los medios crean el imaginario pueril y sometido de la gente, para que sumidos en esas distracciones no se viera lo que realmente hacía. Se hizo Maradona jugando con la camiseta de Boca y de la cerveza Quilmes, se hizo Palito Ortega, se hizo Reutemann con la Pantera Rosa, frecuentador de príncipes, de presidentes y de Papas que le ratifican la apariencia como si fuera verdadera: es claro, les entregaba el país en bandeja. Y después de muchas otras metamorfosis, al fin por último se hizo bello y enardecido galán casándose con una decadente belleza televisiva. Fueron las nupcias de la TV con la TV: dos apariencias que se unían también se convertían en un hecho político atractivo. Mientras la población se complacía en ese transformismo mágico Menem podía transmutarse instantáneamente en el soporte de lo que no era como si lo fuera. Bello desafío a la imaginación frustrada que el terrorismo de Estado y económico había dejado, como única línea de fuga, a todos los fracasos y las cobardías de los argentinos.

Su mayor complicidad con los fundamentos del poder fue rendirle su tributo a los que habían abonado el campo de la sumisión ciudadana por el terror: el indulto. La línea que lleva desde el terror militar, que durante la gestión de Martínez de Hoz se había esbozado como entrega de todos los bienes nacionales, la cumple Menem a cabalidad, como continuador de la entrega suspendida por la derrota de las Malvinas. Y se hace torturador, y lo proclama, cuando impone el ajuste que el Fondo Monetario y sus socios vernáculos le pidieron: promete públicamente un ajuste como una cirugía sin anestesia, es decir sin evitar el sufrimiento, es decir prolongando la tortura y el exterminio en el modo como promete aplicarlo. Y le agrega la imagen de un vuelo sin paracaídas. Todos los argentinos, incluso los políticos, hicieron como si esa amenaza terrible no hubiera sido pronunciada. Menem clavó su puñal en el imaginario de los argentinos, amenazados otra vez de muerte. Cuando decía “Ramal que para, ramal que cierra”, ¿era él quien tenía el poder para hacerlo? Nunca hubiera podido

mantener abiertos los ramales para defender a la Argentina sin privatizarlos: tenía poder sólo en la medida en que los cerraba y nos destruía.

Menem es un soporte que tiene forma humana, sólo un efecto de estructura como dirían los althusserianos: soporte de una determinación para parecer ser alguien. Es el hombre sin cualidades de Musil, salvo una sola: la de investirse de todas las cualidades que sobre su figura vacía proyectaron la mayoría de los argentinos. Menem se llenó con todo lo peor que tenemos los argentinos: hizo resplandecer con su figura la imagen del gran triunfador, de ese transgresor que todos llevamos en lo más profundo de nuestra sumisión cotidiana. Con Menem los argentinos podían sacarse, por interpósita presencia, todas las ganas. Recibido por los grandes del mundo que debían jugar la comedia de este bufón que, como a todo entregador obscuro de la propia patria, en el fondo despreciaban.

Menem es el representante de la pulsión de muerte de los argentinos.



Buenos Aires, 18 de Mayo de 2003  
Publicado originalmente por el diario Página I2<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> [<http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-20276-2003-05-18.html>]